

**El Programa del Sr. Gral. Díaz
y la Regeneración Material
de México**

Uno de los caracteres que mejor distinguen al señor General Díaz como hombre de Estado, es el de que ha gobernado dentro de un programa tan profundo y adecuado en su concepción, como grandioso en sus resultados y que ese programa, á la inversa de los que se habían propalado en México, ha sido principalmente económico y financiero y sólo secundariamente político.

El señor Gral. Díaz partió de este principio indiscutible hoy y aceptado por todos los pensadores modernos, á saber, que las instituciones democráticas, la libertad de los pueblos, la república y su natural consecuencia, la justicia, no son un punto de partida para llegar después á la riqueza, á la ilustración pública; sino que por

el contrario son la paz, la riqueza y la ilustración, los orígenes verdaderos y las bases firmes de las altas instituciones.

Desde los comienzos de su administración y en documentos públicos, pregonaba esas sanas ideas cuya implantación había de ser la preocupación dominante de toda su vida pública.

En el informe que el año de 1881 rindió al país sobre los actos de su primera administración (1877—1880) decía:

“Si antes de que yo muera la moralidad se arraiga en nuestro país y en la administración pública; si el pobre encuentra en nuestra patria instrucción y pan; si el rico ha adquirido bastante confianza para invertir su capital en empresas nacionales; si del uno al otro extremo de la República, la locomotora con su voz robusta despierta y pone en movimiento á todos los mexicanos, tan hermoso espectáculo llenará mis deseos; y si no me es dado recrearme en su vista muchos años, me llevaré conmigo la esperanza de que mis hijos, como los vuestros, disfrutarán por largo tiempo de esa felicidad en cuya preparación cupo una pequeña parte al autor de sus días.”

Más tarde, esclarecido y consolidado su programa por una experiencia que le fué siempre favorable, el General Díaz expresaba esas ideas con mayor convicción, claridad y energía. En su informe á la Nación fechado en 1896, dice: “La necesidad que dió impulso al último y supremo sacudimiento de 76, fué la que toda la Nación experimentaba entonces de explotar sus elemen-

tos naturales de riqueza; la de repoblar su territorio que las guerras extranjeras é incontables contiendas civiles, con su siniestro cortejo de miserias y calamidades, habían casi despoblado; la de surcar el territorio con amplias y rápidas vías de comunicación, la de abrir á nuestros productos nuevos mercados, la de procurar el ensanche de nuestras transacciones mercantiles; la de acabar de una vez por todas con la penuria fiscal y sus funestas y hasta entonces inevitables consecuencias; la de restablecer el perdido crédito nacional; la de difundir la instrucción en el pueblo, y, en suma, la de promover en todos sentidos y en todas formas la prosperidad pública y privada, redimiendo con ello al pueblo de la doble esclavitud de la ignorancia y de la miseria y elevando á la Nación por su riqueza y su poderío, al alto nivel que le corresponde ocupar en el concierto de los pueblos civilizados.

“Nada más justo ni más legítimo que esta pública aspiración, ni nada más necesario que tratar de satisfacerla. La riqueza pública y privada no son obstáculo á ningún género de bien social, moral ni político y son á la vez condición necesaria de los más estimables de entre ellos. Los pueblos pobres no pueden en general ni instruirse ni moralizarse; cuando no yacen inertes bajo el yugo del despotismo, viven en las estériles agitaciones de la anarquía; atentos á las dificultades del presente, descuidan preveer las eventualidades del porvenir; y están casi por completo vedadas la autonomía y la libertad y con mayor razón

la democracia y la república; impotentes ó debiles contra el enemigo exterior, lo son también contra el enemigo interior; sus gobiernos son inestables, cambiadizos, incapaces de proteger la vida y la propiedad y ó acaban por ser absorbidos por un pueblo poderoso ó se consumen y desaparecen sin dejar en la historia otra huella que á veces la de su heroísmo, pero las más, las de su miseria y sus sufrimientos.

“En la época presente, estas verdades son de evidencia más palmaria aún. La fuerza y la grandeza de los pueblos modernos, fundada principalmente en el trabajo pacífico, radican esencialmente en su organización económica y se mide por el desenvolvimiento de su riqueza y por el estado floreciente de su erario y de su crédito público. En las condiciones actuales, ni la guerra puede hacerse, ni la instrucción difundirse, ni la moral generalizarse, ni la libertad implantarse, sin que se cree previamente la riqueza pública, sin que se distribuya equitativamente el bienestar material, sin que se establezca el equilibrio en las finanzas y sin que se procure al poder, sin perjuicio del pueblo, abundantes recursos y amplio crédito con que subvenir á todas las necesidades públicas normales y á todas las emergencias previsibles.

“De esas verdades inconcusas se deduce el único programa de gobierno posible en el país: ellas permiten explicar el éxito sorprendente que su perseverante aplicación ha alcanzado y dejan comprender cómo el país, tachado de anárquico

por espíritus superficiales y condenado por falsos augures á una inevitable decadencia, ha marchado sin discordancia y sin tropiezos hacia la grandeza y el bienestar, no bien la vía que se abrió ante sus pasos, fué la que él espontáneamente deseaba seguir y la única que había de conducirle al logro de sus legítimos deseos.”

El General Díaz inscribió en su programa como uno de sus principales capítulos la conservación de la paz á toda costa; pero más hábil, más penetrante y mejor aleccionado por la experiencia, supo, el primero en su país, encontrar el secreto de la paz, el modo y forma de conquistarla y de consolidarla y algunos párrafos del documento antes citado, van á hacernos conocer su modo de pensar y de proceder en materia tan trascendental.

“Pero para establecer la paz, que es un resultado antes que una causa, era indispensable el establecimiento de grandes vías de comunicación, que permitiendo la circulación de las personas, de las mercancías y de la correspondencia por todo el territorio, estimularan el trabajo por la rapidez de los cambios, la producción con la facilidad de la vigilancia y de la administración y excitaran á nuevas empresas con el incesante cambio de las ideas y de los proyectos y de la amplitud de contacto entre hombres de negocios. Nuestro vasto territorio y nuestra escasa población interponían á menudo el desierto entre productores y consumidores y atemperaban el espíritu de empresa con el espectáculo de las dificultades del

comercio y de la circulación interior. Había, pues, que surcar el territorio con los rieles de las vías férreas y los alambres de los telégrafos, que acercar unos á otros los centros de población, que poner en inmediato contacto á la total demanda con la total oferta y dar facilidades lo mismo al comercio que á la industria, lo mismo á la agricultura que á la minería, para conseguir creciente y productiva explotación del territorio. Forzoso era también facilitar el movimiento de cambio exterior, mejorando puertos, canalizando barras, estableciendo faros, creando líneas de comunicación interoceánicas ó internacionales, para procurar fácil salida, cómoda entrada y rápido y seguro tránsito, á nuestros productos y á los extranjeros.

“Esta rápida enumeración deja percibir que el programa era vasto, complicado, difícil y costoso de realizar; pero el Gobierno, confiado en que era el único aceptable, no vaciló en plantearlo, seguro de alcanzar por su medio los altos fines que se proponía.”

Para realizar este vastísimo programa el General Díaz no contaba ni con recursos acumulados en el Tesoro Público, ni con crédito bastante para suplirlo, ni con el apoyo de la opinión pública, ni siquiera con tiempo bastante para llevar á cabo sus propósitos.

Ya hemos visto cual y cuán lamentable era el estado general del país y cuánta la penuria del Erario y su descrédito, tradicional y añejo dentro y fuera del país. El Congreso y la prensa que se

habían manifestado hostiles á las concesiones ferrocarrileras que en épocas anteriores se pretendió obtener del Gobierno, continuaban siendo refractarios á esas grandes y salvadoras empresas y el General Díaz para siquiera establecer los cimientos de su programa, no contaba sino con un período de gobierno de sólo cuatro años, toda vez que en virtud de los principios proclamados en el plan revolucionario de Tuxtepec, había sido implantado en la Constitución de la República el principio de no reelección.

Sin dinero, sin crédito, sin apoyo en la opinión y sin tiempo bastante frente á sí para realizar su programa, el más completo optimismo tenía que vacilar y los amigos más fieles del General Díaz debieron poner en duda y lo pusieron de hecho, el éxito del plan por él concebido y tan completamente logrado después.

Sólo el General Díaz no vaciló ni dudó, y casi con las manos vacías, se puso á la obra y la acometió con el ardor y la tenacidad que como soldado y como patriota lo habían caracterizado siempre.

Triunfante la revolución de Tuxtepec de la que fué caudillo el General Díaz y electo Presidente por el voto unánime del pueblo, tomó posesión del Gobierno el 5 de Mayo de 1877 y debía dejar el poder el 1o. de Diciembre de 1880. Tenía pues tan solo tres años ocho meses para plantear su programa, y es manifiesto que apenas tenía tiempo para darlo á conocer y difundirlo un poco en la masa de la Nación.

Si la grandeza de un hombre ha de medirse no tanto por los resultados absolutos que ha alcanzado, cuanto por la magnitud de las dificultades que ha vencido, este primer período suyo de gobierno, será uno de sus títulos más valiosos á la admiración de la posteridad.

En épocas posteriores ha hecho incomparablemente más; pero tenía ante sí tiempo disponible, en sus manos recursos cuantiosos y al rededor suyo el incondicional apoyo de todo el Parlamento, de toda la prensa, de toda la opinión.

En aquel entonces, en 1877—1880, todo le era adverso, desfavorable, hostil. Y no obstante esos obstáculos y esas dificultades, el balance de su primera administración es envidiable, en parangón, sobre todo, con las ruinosas liquidaciones de los gobiernos anteriores.

Para acreditar su gestión administrativa comenzó por procurar, y la logró, una gran regularidad en el pago de los sueldos de los servidores de la Nación.

Este solo hecho, en contraste con las incertidumbres y la inexactitud de sus predecesores en este punto, le grangeó pronto gran número de adhesiones y de simpatías. Se preocupó, á la vez, con declaraciones oficiales y con su conducta, de inspirar fé á los acreedores del Erario y aunque en pequeña escala, pero con verdadero empeño, comenzó á pagar los abonos de la deuda contraída con los Estados Unidos por reclamaciones de nuestros nacionales y en cuyo saldo había resultado México deudor nuestro por una suma que

hoy nos parecería irrisoria, tales son los recursos de aquel país; pero que en aquella época parecía desmesurada en relación con las posibilidades del Erario Mexicano.

Con igual religiosidad cubrió el capital y los réditos del préstamo de \$ 500,000 que al inaugurar su Gobierno se vió obligado á pedir al comercio, y en sus escasos cuatro años de administración, amortizó, sin sacrificio aparente, un millón de pesos de títulos de la Deuda Pública, por más que aun no hubiera sido reconocida oficialmente.

Apenas en el poder, volvió á promover en las Cámaras el otorgamiento de las concesiones ferrocarrileras solicitadas en vano en época anterior; y ante el obstruccionismo parlamentario y la grito de la prensa, lejos de cejar, adoptó un expediente; firmó los contratos de concesión y ya hechos, pidió su aprobación al Parlamento, que en esta ocasión no se atrevió á negársela.

Entre tanto fomentaba la prosecución de las obras del desagüe del Valle, trabajo ciclópeo que tan sólo un gobierno como el suyo y al cabo de muchos años podía llegar á realizar; reparó las líneas telegráficas destruidas durante la revolución; construyó nuevas y subvencionó algunas de carácter local, pero necesarias á las comunicaciones generales; fomentó las comunicaciones postales, y en suma, se esforzó, con los pobres elementos de que disponía, en iniciar é impulsar su programa regenerador.

Algunas cifras dan idea de lo mucho que alcanzó y de todo lo que de bienestar y prosperi-

dad auguraba al país su programa, á la vez rigurosamente científico y esencialmente práctico.

El desenvolvimiento de la red ferroviaria, no obstante las dificultades con que tropezó y de que hemos dado idea, fué como sigue:

Años.	Kilómetros en explotación.
1876..	666k. 353
1877..	692k. 161
1878..	737k. 348
1879..	885k. 927
1880..	1.079k. 577

Durante su primera administración, ó sea en tres años ocho meses, el General Díaz había logrado duplicar el número de kilómetros de ferrocarril en explotación. Consecuencia de este aumento fué el del número de pasajeros y el de toneladas de carga en las líneas de explotación.

Años	Pasajeros	Carga (toneladas)
1876	4.281,137	132,915
1877	5.329,845	158,930
1878	5.414,449	172,496
1879	5.913,654	199,011
1880	7.183,499	249,552

La red telegráfica había aumentado también considerablemente. En Septiembre de 1878, el General Díaz anunciaba al Congreso que la red

medía 8,700 kilómetros, es decir, que en poco más de año y medio se habían construído ochocientos kilómetros. En Septiembre de 1880 dicha red tenía un desenvolvimiento de 15,000 kilómetros ó sea casi el doble de lo que era en 1876.

Paralelamente á este desenvolvimiento del tráfico ferrocarrilero y de las comunicaciones telegráficas, las exportaciones se acrecentaron también.

EXPORTACIONES.

Años.	Valor.
1877-78.	\$ 29.285,659
1878-79.	„ 29.891,177
1879-80.	„ 32.663,554
1880-81.	„ 29.928,697

Estas exportaciones son perceptiblemente mayores que las de los años anteriores, que fueron:

EXPORTACIONES.

Años.	Valor.
1873-74.	\$ 27.688,703
1874-75.	„ 27.318,788

A causa de los trastornos revolucionarios, no hay datos relativos al año de 1875-76.

Sentimos no tener datos bastantes y bastante fidedignos para estimar las importaciones durante ese período; pero sí podremos valorizarlas según datos de Don Matías Romero, en \$21.462,621 en el año fiscal de 1877-78 y en

\$23.000,000 en números redondos, para el año de 1880-81.

El General Díaz, fenecido su período constitucional de gobierno, entregó el poder el primero de Diciembre de 1880, al sucesor que el pueblo había elegido y que lo fué el General Don Manuel González, que ocupó la presidencia hasta el primero de Diciembre de 1884.

Durante este cuatrienio se hicieron más palpables los resultados de las mejoras materiales emprendidas ó realizadas por el General Díaz en su primer período administrativo.

Gracias á los ferrocarriles cuya construcción contrató el señor General Díaz y á otros que concedió su sucesor, la red ferroviaria aumentó en extensión según lo indica el cuadro siguiente:

Años.	Kilómetros en explotación.
1881.	1,771 k. 368 m.
1882.	3,709 k. 211 m.
1883.	5,436 k. 690 m.
1884.	5,891 k. 367 m.

El movimiento de pasajeros y carga, así como los productos de las líneas, aumentaron en proporción, llegando á ser el primero de 13.142,810 viajeros, el segundo, de 1.025,569 toneladas, y los últimos, de \$11.089,136.

La red telegráfica se amplió en proporción y llegó á alcanzar en 1885 una extensión de 15,750 kilómetros, y los ingresos por ese concepto, ha-

biendo sido tan sólo de \$101,064 en 1879-80, ascendieron en 1883 á \$239,051.

Consecuencia de la introducción de capitales al país, para la construcción de vías férreas, y del aumento de la actividad comercial que promovió, fué el auge de las rentas públicas, que se cifraron así:

Años.	Ingresos federales.
1881—1882.	\$ 30.320,222
1882—1883.	32.808,265
1883—1884.	37.442,625

Fué también muy considerable el aumento de las exportaciones en esos años de abundancia.

EXPORTACIONES.

Años.	Valor.
1881—82.	\$ 29.083,293
1882—83.	41.807,595
1883—84.	46.725,496

El programa del General Díaz había demostrado su plena eficacia y gracias á él, en menos de ocho años, se habían realizado verdaderos prodigios.

Su autor tenía derecho á recibir un Erario repleto, á disfrutar de un crédito enorme, á encontrar al país en pleno bienestar y satisfecho de sí mismo y de su gobierno.

Ya veremos que no fué así y cómo, á pesar de los ingresos recaudados, fabulosos en parangón con los de otras épocas, y del activo movimiento comercial é industrial que se comprobó entre 1880-1884, el General Díaz, al hacerse cargo de nuevo del poder, en Diciembre de este último año, no encontró más que la bancarrota, el descrédito, el más agudo descontento público, y, en suma, una situación peor mil veces que la de 1876 y sin que nada pudiera explicarla ni disculparla.

En sus sucesivas administraciones, el ilustre estadista no sólo remedió ese estado de cosas, sino que, siempre siguiendo su programa, del seno de aquel caos hizo surgir el México rico, acreditado, próspero y feliz de la época presente.

Veinticinco Años
de
Buen Gobierno
México Transfigurado